

no pudo ménos de decirse que sus temores eran infundados. Busca con tanto afán el amor un pretexto para engañarse á sí propio. Hubiera sido tan desgraciada la anciana haciendo cambiar de vida á Magdalena, que apuró todas las razones que pudo hallar para no alterar el sistema que habian seguido.

Y la pobre viuda prosiguió trabajando de noche y de día.

Y Magdalena continuó siendo la reina de los bailes, el adorno de las fiestas, el objeto de los suspiros de todos los jóvenes.

III.

(FRAGMENTOS DE UN DIARIO).

DIOS MIO! ¡Cuánto amo á esa mujer! Imposible me es guardar por mas tiempo silencio, porque temeria morir sofocado por las lágrimas que se aglomeran sobre mi corazon, por la angustia que me mata; y sin embargo lucho con la duda, con la timidez, porque ¿qué méritos puedo yo tener para alcanzar tan celeste ventura? ¿Cómo podré alimentar la ilusion de ser amado algun día, si me siento tan pequeño que creo moriria al llegar al cielo de esta dicha?

«¡Pero tengo tan profundamente grabada la imagen de esa mujer desde que la ví, que no podria arrancarla sin arrancarme el corazon!

«¡Cuántas noches de delirio!..... Yo creo que si esto no tiene un fin llegaré á volverme loco.

«¡Dios mio! Cómo quisiera yo tener á su lado los arrebatos y la energía que me consumen cuando estoy lejos de ella. ¡Oh! cómo caeria yo á sus piés y la diria:

«Perdon, perdon por el atrevimiento involuntario de mis palabras. ¿Cree vd. que cuando nuestra sangre hierve al pensar en el objeto idolatrado, cuando nuestro corazón palpita á impulsos de esta fiebre devoradora que llaman amor, cuando la incertidumbre arranca las lágrimas de nuestros ojos pueden escogerse las palabras y moderarse los arrebatos del alma?

«¡No! En la situación en que yo me encuentro no se puede otra cosa que llegarse de rodillas al ángel que nos ha revelado la pura felicidad del cielo, y decirle como yo le digo á vd.: ¡Mujer, yo te amo! te amo con toda mi alma, ¡con todo mi sér! desde el instante en que te conocí, todo el universo, toda la vida se ha resumido para mí en tí!

«¡Hoy hace un año que la conocí!

«¡Era el Viérnes Santo de 1843, jamas olvidaré esta fecha!

«¡La iglesia de las Capuchinas estaba solitaria; serian poco mas de las dos de la tarde y el cielo se iba cubriendo de nubes tristes y cenicientas. Reinaba en la iglesia una luz opaca, azulina, y todo convidaba á meditar allí, el perfume del incienso, la soledad y las armonías del piano, que pulsado por una mano hábil, dejaba escapar de tiempo en tiempo, con cierta solemne lentitud, armonías tristes, sentidas, llenas de mística poesía!

«El Viérnes Santo, aniversario de la muerte de un Dios todo de amor, es un día que llena mi alma de tier-

nas emociones. Habia entrado á la iglesia y permanecía absorto, medio embriagado con la poesía melancólica que todo respiraba allí, cuando de pronto entró *ella!*

«¿No os parece que hay mujeres que lo iluminan todo con su mirada?

«¿Mujeres que vienen envueltas en una atmósfera de luz, como si fueran una estrella que desciende de los cielos?

«¡Venía vestida con un traje de merino negro, y traía la cabeza cubierta con un tápalo de seda igualmente negro; pero resaltaban tan bien sobre aquel fondo sombrío, su frente blanca y tersa, los rizos dorados de su cabellera! ¡Hubiérase dicho que era uno de los ángeles del cielo que se cubria de luto por la muerte del Redentor de los hombres!

«Yo la contemplé extasiado, y todavía mucho despues de que habia salido, me parecia como que quedaba en la atmósfera un rastro de perfumes y de luz.....

«¡Hoy he vuelto á la misma iglesia; habia el mismo silencio, las mismas armonías, la misma poesía, santa, misteriosa, sublime..... solo mi corazón habia cambiado, solo mi corazón estaba turbado en medio de aquella patética calma!.....

«¡Ay! ¡en vano la he aguardado, *ella* no ha venido!

«Pero ¿no la decia su corazón que yo estaba allí, que yo la esperaba?.....

«¡Oh! no, no, su corazón nada la dice de mí!

21 de Abril.

«He pasado toda la tarde contemplándola, y vuelvo á mi casa triste, desalentado, abatido.

«Cada día amo mas á esa mujer; y ella, ¿no me amará nunca?»

(INTERCALACION DEL AUTOR).

Los primeros años de Luis habian corrido en esa dulce calma, en esa casta ignorancia que son como un sueño preservador de las fuerzas físicas y las cualidades intelectuales.

La infancia no es un período determinado en la vida humana: hay hombres que jamas han sido niños; hay jóvenes afortunados que lo son todavía mas allá de la edad á que se ha acostumbrado dar aquel nombre.

La infancia para nosotros es el tiempo en que el cuerpo y el alma se forman lentamente, fortificándose y madurándose el uno por la otra; es como el período que la mariposa permanece encerrada en el capullo, ántes de que llegue el momento en que salga alada y brillante, á gozar de la luz del día.

Hay hombres que tardan mucho tiempo en desarrollarse, como una flor delicada; hay otros que desde muy temprano gastan sus fuerzas y debilitan sus facultades. Los primeros, preservados por esa larga infancia, sueño fecundo que comienza en el seno de Dios y se desvanece á medida que el sol de vida, el corazón, adquiere su predomi-

nio, se encuentran dotados de una sensibilidad exquisita, y son seres completos en el mundo; los segundos jamas llegan á formar una unidad moral; su alma es débil, como su cuerpo, y se marchitan como esas plantas cuya vegetacion se apresura por medios artificiales.

Luis creció abrigado por el cariño de una madre, y los años corrieron para él como las aguas de un riachuelo por lecho de flores.

A los quince años Luis era casto é inocente como una vírgen; su sangre estaba pura y su corazón limpio como un cielo de primavera. ¿No os parece que no hay dicha comparable á ese estado? ¿No creéis que las ideas entónces deben tener algo de la grandeza y poesía de Dios, y que este ha de reflejarse en la imaginacion de esos hombres como se refleja el firmamento en la superficie tersa y tranquila de un lago?

Los miembros de Luis eran ágiles y su salud inalterable. Un ligero bozo comenzaba á sombrear su labio superior y el muchacho se ruborizaba cuando alguno fijaba la vista en él. Sin embargo, no vayais á creer que era débil; mejor que muchos hombres dominaba un coreel, y en una ocasion libró á una pobre anciana de la agresion de dos bandidos.

Siempre nos ha parecido que la sangre de estos seres puros y castos, debe ser dulce como la miel de ciertas flores.

En esta época Luis tuvo la desgracia de perder á su madre.

Su dolor fué profundo, terrible, de esos que rompen fibra á fibra el corazón al separar dos seres que vivian

unidos; pero á traves de sus lágrimas brillaba para Él una esperanza, esa estrella que alumbra al hombre toda su vida, y que si se sepulta cuando muere, es para señalarle otro mundo!

El dolor de Luis se endulzó, sin embargo, poco á poco, y llegó á convertirse en esa tendencia á la melancolía que caracteriza á las imaginaciones delicadas y poéticas.

Solo ya sobre el mundo, porque el jóven jamas conoció un padre, volvió los ojos á sí propio y se examinó. Habia llegado para Él esa edad en que el corazon se abre y la mente se ilumina con los resplandores del sol que se levanta. Pero Luis, si bien se sentia con inusitadas fuerzas, si experimentaba sensaciones desconocidas, no podia comprender lo que significaban, y tímido, criado en el retiro, no se atrevia, ó mejor dicho, ni aun pensaba en demandar una explicacion.

De esta manera corrieron aún dos años.

Luis, en los momentos en que volvia su mirada hácia dentro de sí, habia hallado en su corazon, como en un espejo, retratada una figura vaga, lejana ó ideal. Fué una imágen que dia á dia se grababa hasta llegar á convertirse en el objeto de un culto místico.

Era ese tipo de belleza innato, natural, que se halla en todos los corazones nuevos; reflejo anticipado, por decirlo así, del amor que mas tarde los abrasará.

En esos momentos la sangre del jóven corria ardiente llevando la vida y la fuerza á todos sus miembros; su corazon palpitaba y su imaginacion se encendia derritiéndose en delicias desconocidas.

La obra estaba concluida; Luis tenia diez y ocho años

y habia llegado para él la hora en que la sangre adquiere una voz, en que el alma descifra y comprende sus sensaciones, en que toda la naturaleza tiene un lenguaje; instantes que pudieran compararse con esas tardes de estío, cálidas y embalsamadas, en que el sol se adormece entre nubes de púrpura, en que el céfiro lascivo doblega las flores que se inclinan las unas hácia las otras, estremeciéndose sus pistilos y sus estambres, en que las aves entre la enramada gorjean convulsivas..... tardes en que la naturaleza desfallecida y temblorosa murmura con sus mil voces: ¡AMOR! ¡AMOR!.....

¡Hora terrible para la juventud! ¡hora de prueba ó perdition! ¡Instante decisivo para la vida toda y tambien para la eternidad!

Luis lo comprendió al fin todo; habia sido hasta entonces un niño delicado, y se despertó jóven, ardiente, robusto.

¡El peligro era terrible!

¡La lucha que tiene que sostener el hombre entonces es larga, penosa, desigual; es un combate de toda hora, de todo momento, en el cual no se ve venir al enemigo sino que cuando se le siente ya está encima, ya se ha apoderado de nosotros, ya nos ha embriagado!

¡Nosotros creemos que si es posible que haya un lugar privilegiado en el cielo, ese debe ser para los que han triunfado sin caer una solá vez en esta lucha oscura y terrible! Pero ¿cómo será posible no vacilar á lo ménos, cuando es nuestra propia sangre, la que vivifica nuestros miembros, la que mantiene la sensibilidad de nuestros nervios, nuestro enemigo entonces?

Y sin embargo, terrible y peligroso, este combate es necesario para el desarrollo conveniente del cuerpo y del alma. Aquellos que no lo han sufrido jamás, lejos de ser seres privilegiados, quedarán siempre incompletos; su alma, como una flor, para la cual no hay primavera, se marchitará antes de abrirse. ¡Cuántos seres se agostan de este modo! ¿No podrán considerarse estas almas como engendros inacabados en el orden moral? Porque, que hay una categoría en la serie de los espíritus, es cosa evidente, fuera de duda. ¿Quién podrá sostener que todas las almas son iguales? ¿Quién negará que la mente, esa expresión visible, por decirlo así, del alma, no es susceptible de perfeccionamiento ó de degeneración? ¿No es esto lo que nos indica la religión católica en sus promesas de premios ó de castigos futuros?.....

Esa fiebre de la sangre es un elemento vivificador, así como es también un elemento de muerte; en la naturaleza todo se encuentra contrabalanceado de esta manera. Es como la savia que regenera el árbol y hace brotar las flores; es el fuego que tiembla el alma, ó que la consume.

Los antiguos, que le habían dado una alma á la sangre, estudiaron sin duda este período, el más difícil de la vida; la expresión de la Biblia: *Anima carnis in sanguine est*, * es enérgica y clara; la observación incompleta del tiempo de la adolescencia es la que conduce al materialismo.

En efecto, en esos días hay instantes en que la sangre se sobrepone de tal manera sobre nuestras ideas, sobre

* Levitic. XVII, vers. 11 y 14.

nuestras resoluciones, que no puede ménos de creerse que se halla animada.

Uno de esos instantes fué el que reveló toda la verdad á Luis.

Figuraos á este jóven, fuerte, sano, robusto, ardiente, y comprenderéis sus horas de insomnio y de calentura. Esas noches en que el sueño no viene á calmar nuestra agitación.

¡Oh! en esas horas es cuando la imaginación se eleva cuando el alma se engrandece!.....

Pero ¡ay del hombre si se deja arrastrar débil por la corriente! Entónces la tensión de sus fibras degenerará en laxitud, y cada átomo de placer empobrecerá su alma!

¿No habeis visto esos hombres gastados por la lujuria? ¿creeis que sean seres completos?

Luis al ver una mujer sentía una turbación extraña; después, á medida que la verdad alumbró su mente, fueron deseos vivos, punzantes, deliciosos!

El placer tenía para él un atractivo mágico, seductor; era una esperanza que lo hundía en un mar de delicias; era un sueño que lo rodeaba de fantasmas.

Y sin embargo, Luis no realizaba esos propósitos formados en medio de la fiebre; había en su alma cierta invencible timidez, que el mundo llama vergüenza, pero que nosotros creemos es esa repulsión del alma á aquello que puede degradarla, es un sentimiento de pudor exquisito y santo.

Estas horas de voluptuosidad imaginaria, también nos parecen tan útiles como funestas. Ellas le prestan, si no